

ELEMENTOS PARA EL ANÁLISIS DE LA COYUNTURA

*Yuritzi Paola Ortiz Chavira
Pablo Leonel Roa Sánchez
Equipo de Asesores
PT-CEN*

Intro

El orden occidentalista en decadencia vuelve de nuevo a la guerra, siempre parte de su engranaje, para convertirla en su régimen. Gaza y la región muestran que la violencia se normaliza como método de gobierno y como mecanismo exportable a otros escenarios y regiones. Mientras que el lobby sionista, en alianza con Trump, confirma que la expansión imperialista se disfraza de “paz” para actuar con total impunidad.

Al mismo tiempo, la guerra se convierte en lección estratégica: no solo destruye, también reconfigura cadenas económicas y alianzas geopolíticas que buscan sobrevivir más allá del conflicto inmediato. En este marco, el viejo liberalismo occidental tropieza con sus propios límites: “es la economía, estúpido” vuelve a marcar la pauta de un modelo que ya no ofrece crecimiento ni prosperidad, apenas déficit, disciplina fiscal y la justificación de un gasto militar creciente.

En EEUU, su situación se resume en la metáfora del tigre acorralado: una potencia que, al encontrarse sin salida, se vuelve aún más peligrosa; es decir que multiplica sus apuestas militares para ocultar el deterioro interno. Así adopta la guerra como identidad nacional, como relato de grandeza y como motor económico desesperado. La paradoja está en que cuanto más intente afirmarse desde la fuerza, más revelará las grietas de un orden que se descompone bajo su propio peso.

1. Cada día que pasa, el mundo confirma un fenómeno inquietante: la normalización de la guerra

En Gaza, el vocabulario de la “intermitencia” – pausas técnicas, corredores humanitarios, “cese al fuego” condicionado – convive con cifras que hablan por sí solas: la hambruna (IPC Fase 5) está confirmada en toda la Franja, con proyección de expansión; más de 640 mil personas enfrentarán niveles catastróficos de inseguridad alimentaria hacia finales de septiembre, y más de un millón adicionales se encuentran en emergencia severa. La ONU registra desplazamientos masivos y condiciones inadmisibles en los sitios de refugio; organizaciones alertan que el 90 % de la población de 2.1 millones ha sido desplazada al menos una vez.

La gravedad de lo anterior acompaña, al tiempo que explica, el simbolismo de la flotilla civil que zarpó a finales de agosto desde Barcelona: 20 barcos, activistas de

44 países, entre ellas Greta Thunberg, intentando romper el bloqueo con ayuda humanitaria. El día 08 de septiembre, uno de los barcos fue alcanzado por una explosión en aguas tunecinas; los organizadores denunciaron un ataque de dron, pero el gobierno de Túnez lo niega y habla de un incendio a bordo.

¿Cese al fuego? En la práctica, su significado es rehén de la fuerza. OCHA (Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU) reporta hostilidades persistentes en la ciudad de Gaza y en el sur, con víctimas sobreviviendo en toldos, en escuelas derruidas y en los pocos centros de salud que quedan, mientras la hambruna se consolida. Las últimas cifras que compilan la ONU y la UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo) a partir de datos de Salud de Gaza superan las 64 mil muertes palestinas y decenas de miles de heridos.

La normalización de la guerra tiene dos dimensiones entrelazadas: Gaza concentra el rostro humanitario más brutal (hambruna confirmada, desplazamientos masivos y decenas de miles de muertos); y, el resto de la región revela la otra cara, una ofensiva expansionista que golpea en Doha, Cisjordania, Jerusalén, Líbano, Siria y Yemen. Son dimensiones de un mismo patrón de acción imperialista, sostenido por el amparo de Washington. La tragedia humanitaria y la estrategia militar se retroalimentan.

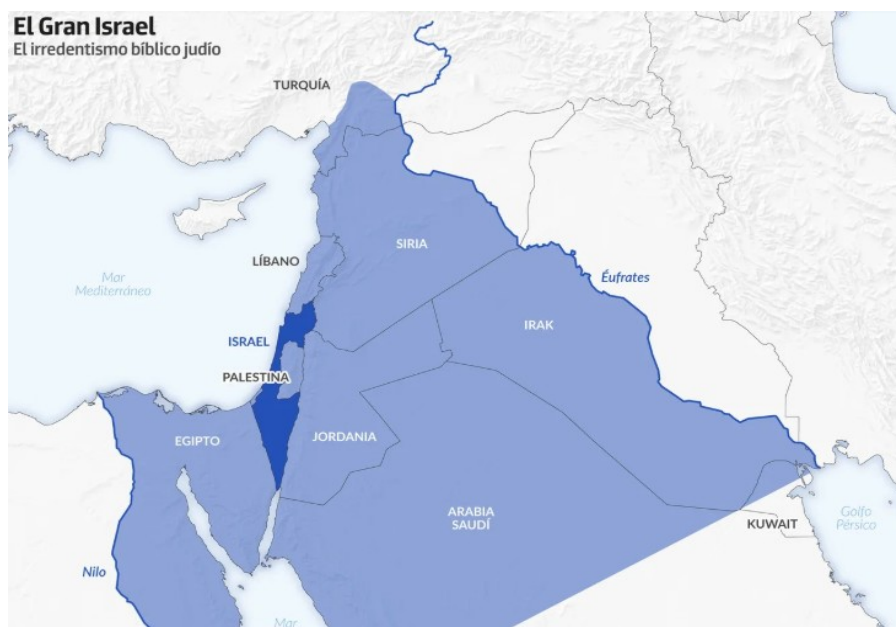


Foto: El Gran Israel (fuente: EOM, 22 Ago 2025)

2. Cuando la paz se llama guerra: el “Gran Israel” apoyado por EEUU

Israel llevó la normalización de la guerra y de la violencia al extremo con un ataque aéreo sin precedentes en Doha, Qatar, dirigido contra una delegación de Hamás que participaba en negociaciones de cese al fuego promovidas por EEUU. Las FDI (Fuerzas de Defensa de Israel) confirmaron que buscaban eliminar a altos

mandos responsables del ataque del 7 de octubre de 2023. Las cifras son confusas: se habla de 7 altos cargos asesinados, aunque Khalil al-Hayya, jefe exiliado de Hamás y objetivo principal, sobrevivió. Entre las víctimas se cuentan al menos 6 personas, incluido su hijo y un miembro de la seguridad qatari. Trascendió que EEUU, si bien no participó militarmente, fue notificado del ataque y Trump dio luz verde bajo el pretexto de “acabar con el antisemitismo”, declarando además que se trataba de su última advertencia, un ultimátum para presionar las negociaciones.

Pero las “negociaciones” son más apariencia que realidad. El diálogo entre Hamás e Israel se observa inexistente, porque la perspectiva geopolítica israelí siempre ha sido: exterminar a Hamás como organización, extendiendo la idea de que Hamás es la propia población de Gaza; por tanto, acabar con Gaza es, para Israel, acabar con Hamás.

El papel de Qatar en este episodio despierta sospechas. El emirato, que mantiene relaciones con EEUU y con Israel, intentó aparecer como garante al acoger a dirigentes de Hamás, mientras buscaba blindarse frente a Irán y evitar intromisiones en su territorio. Sin embargo, al permitir que el ataque ocurriera en su suelo – considerando que detuvo eficazmente los bombardeos iraníes de junio pasado, sobre una base estadounidense –, Qatar terminó formando parte de la estrategia de presión militar trumpista para forzar una negociación, perdiendo capacidad de figurar como resguardo de un proceso de acuerdos.

A esto se suma el atentado en Jerusalén, que las autoridades israelíes atribuyeron a un comando armado palestino; el hecho dejó varios muertos y fue utilizado como argumento para intensificar las redadas en aldeas cercanas. En Cisjordania, la violencia del sionismo se ha expresado como parte de un proyecto de invasión sistemática: colonos armados expanden asentamientos, viviendas son demolidas, se imponen restricciones de movimiento y se multiplican incursiones contra escuelas. El 6 de septiembre de 2025, Israel bombardeó zonas del Líbano (Hermel y Bekaa) y, días después, puestos militares en Siria, confirmando su proyecto expansionista de un “Gran Israel” que trasciende fronteras. Desde Yemen, los hutíes reivindicaron ataques con drones contra infraestructura en Israel como respuesta directa a la ofensiva en Gaza y al bloqueo sostenido por EEUU, elevando la escala de la confrontación y alimentando un patrón de golpes transfronterizos.

Todo lo anterior constituye una acción imperialista-expansionista, de violación sistemática del derecho internacional, amparada por EEUU, y es tan irónica como brutal, ya que al parecer es la forma en que Trump dice estar construyendo la paz, un juego perverso en el que no faltarán países dispuestos a prestarse a su estilo de pacificación.

3. Vladivostok como retaguardia económica para una guerra sin fin

El 03 septiembre pasado, Vladivostok volvió a convertirse en un escenario de primer orden dentro de la estrategia de Moscú. La 10ma edición del Foro Económico Oriental reunió a miles de asistentes, cientos de medios internacionales y decenas de delegaciones, con la idea de proyectar que Rusia no se repliega, sino que redibuja su arquitectura económica desde el Lejano Oriente hacia Asia.

En la plenaria, Putin lanzó señales claras: un programa nacional de tierras raras antes de noviembre, la ratificación del gasoducto a China bajo una fórmula de precios “de mercado” y la advertencia de que cualquier despliegue militar occidental en Ucrania sería un objetivo legítimo. La puesta en escena sirvió no solo para firmar más de 350 acuerdos que suman alrededor de 74 mil millones de dólares, también reafirmó que la retaguardia geoeconómica está asegurada.

La lógica del foro fue más allá de la promoción regional. El énfasis en tierras raras marca una jugada estratégica: garantizar insumos críticos para la industria tecnológica y militar rusa, en un momento en que la guerra ha dejado en claro la necesidad de autonomía en semiconductores, láseres y sistemas de armas. La integración energética con China, a través del “Power of Siberia 2” (gasoducto de gas natural propuesto para exportar gas natural desde la región occidental de Siberia Altai en Rusia al noreste de China.), ancla divisas y socios estratégicos que sostienen la economía de guerra. Y el eje ártico-pacífico, con su infraestructura portuaria y naviera, se proyecta como vía alternativa frente al bloqueo occidental.

En suma, Vladivostok escenifica la sustitución de mercados, la búsqueda de liquidez en monedas no occidentales y la construcción de un andamiaje paralelo al transatlántico.

El foro coincidió con una escalada en el frente ucraniano. Mientras Kiev presumía pequeños avances en Kupiansk y Siversk, Moscú lanzó el mayor ataque aéreo (aprox. 800 drones) desde el inicio del conflicto y desplegó bombas planeadoras de gran tonelaje en Donetsk, con un saldo de decenas de civiles muertos. La combinación pretende mantener presión constante, dispersar las defensas enemigas y consumir sus reservas sin apostar todavía a una ofensiva de cierre. Ucrania se convierte así en un campo movedizo y desgastante, donde Rusia no solo gana terreno, sino que ensaya tácticas, armas y logísticas que servirán para futuros conflictos. El frente es, en este sentido, un laboratorio de la guerra moderna.

Europa, por su parte, intenta blindarse con política de promesas: 26 países, encabezados por Francia y Reino Unido, anunciaron un paraguas de “garantías de seguridad post-guerra” que se activaría tras un eventual cese al fuego. El Kremlin lo rechazó de plano, advirtiendo que cualquier despliegue occidental en territorio ucraniano sería tratado como un blanco legítimo. La traducción se entiende como que la paz no depende de compromisos diplomáticos, sino de la correlación de fuerzas en el campo de batalla. Vladivostok, en este tablero, es el otro rostro de la

guerra, es decir, el espacio donde Moscú muestra que resiste, amplía su ocupación y consolida las condiciones para prolongar el conflicto bajo sus propios términos.



En el fondo, la apuesta rusa no es clausurar la guerra, sino sostenerla como un proceso industrial y geopolítico de largo plazo. Ganar no significa arrasar en una batalla decisiva, sino imponer costos, asegurar suministros, acumular reservas y demostrar que el tiempo juega a su favor. Vladivostok encarna esa estrategia: mientras las bombas caen sobre Ucrania, en el Lejano Oriente se construye la arquitectura económica que permitirá resistir y, llegado el momento, transformar la ventaja militar en orden internacional. Ucrania, campo de entrenamiento y ensayo, es la fase actual de una guerra que se piensa para lo que viene después.

4. ¿Qué ocurre con el liberalismo occidental que prometió paz, prosperidad y derechos?

En Francia, François Bayrou – primer ministro, identificado con la tradición demócrata-cristiana, designado por Macron como figura de consenso – cayó en la Asamblea tras perder la moción de confianza por su programa de ajuste destinado a contener déficit y deuda. Antes ya habían dimitido Élisabeth Borne (social-liberal) y Gabriel Attal (liberal), evidenciando la fragilidad del gabinete. La crisis no es solo de nombres, es el reflejo de una economía que no despega. El crecimiento apenas llega al 0.6%, el déficit supera el 5 % del PIB, la deuda rebasa el 116% la economía, y el desempleo ronda el 7.5%. La “promesa reformista” de Macron — una modernización basada en recortes sociales, flexibilización laboral y aumento de la edad de jubilación— se tradujo en malestar social y estancamiento económico. Bayrou advirtió que seguir endeudándose era “perder libertad nacional”, pero el Parlamento lo tumbó porque los números ya no cuadran. Macron, sin embargo, gobierna más para Bruselas y BlackRock que para los

franceses de a pie, sobre la base de la disciplina fiscal, el alineamiento con el capital financiero y una legitimidad prestada en la OTAN.

En Reino Unido, el laborismo de Keir Starmer se vende bajo el lema de la “seriedad fiscal”: control del déficit a costa de recortes y aumento de impuestos, mientras se expande el gasto militar. Londres ya ha comprometido 21.8 mil millones de libras (unos 28 mil millones de dólares) en respaldo a Kiev, incluyendo misiles antiaéreos financiados con activos rusos sancionados y los sistemas RAVEN (drones de reconocimiento y apoyo táctico). Pero el cuadro macroeconómico es frágil: el crecimiento apenas ronda el 0.5 % en 2025, el déficit fiscal se mantiene por encima del 5 % del PIB, la deuda pública bordea el 100 % del PIB y el desempleo alcanza el 4.5 %, el nivel más alto desde la pandemia. Las vulnerabilidades se explican por una economía golpeada por el Brexit, con bajo dinamismo productivo, déficit comercial y alta dependencia de importaciones energéticas. Los ingresos reales están estancados desde hace más de una década, con salarios que no cubren el alza sostenida del costo de vida. El gasto de guerra, equivalente a cerca del 3 % del PIB, desvía recursos que podrían ir a servicios públicos ya colapsados – como la salud y la educación –, mientras Londres juega a equilibrar gestos diplomáticos como el reconocimiento del Estado palestino con un endurecimiento militar que consume su margen interno.

En Alemania, la locomotora europea se frena. El crecimiento apenas alcanza el 0.4 %, las exportaciones cayeron un 0.6 % en julio, con un desplome del 7.9% hacia EEUU por los aranceles y una merma del 4.5% hacia países fuera de la UE, lo que redujo el superávit a 14.7 mil millones de euros (unos 15.9 mil millones de dólares). La producción industrial avanzó un 1.3%, sostenida por gigantes automotrices como Volkswagen, BMW y Mercedes-Benz, por fabricantes de maquinaria como Siemens, Bosch Rexroth y ThyssenKrupp, y por farmacéuticas como Bayer y Merck. Pero el avance es frágil: los pedidos industriales retrocedieron un 2.9%, reflejo de una demanda externa debilitada por los altos costos energéticos, la escasez de personal calificado y las fricciones comerciales.

El canciller Friedrich Merz, al presentar su plan de 100 días a finales de agosto pasado, reconoció que la crisis es más dura de lo previsto. Su estrategia combina tres frentes: abaratar la energía con rebajas fiscales y subsidios, reactivar la oferta productiva mediante inversión verde y simplificación regulatoria, y diversificar mercados para blindar la base exportadora. Pero el avance es lento y la incertidumbre mantiene al capital en pausa.

¿Y el costo de seguir en la guerra contra Rusia? Las 3 potencias antes abordadas, motores de la economía de la Unión Europea (UE), enfrentan la misma trampa: energía, presupuesto y competitividad. En Francia, los recortes sociales se justifican como necesidad de financiar la seguridad. En Reino Unido, el gasto militar drena recursos que podrían revitalizar servicios públicos. En Alemania, la pérdida del gas ruso barato encarece la energía, la presión fiscal compite con la inversión y sectores clave (automotriz, química, vidrio, metalurgia) pierden terreno

en mercados volátiles. Merz reconoció sin rodeos que se trata de una “crisis estructural” alimentada por energía costosa y por el nuevo proteccionismo.

París, Londres y Berlín encarnan lo que parece ser la paradoja del liberalismo occidental contemporáneo. Más disciplina presupuestaria y más gasto militar, con menos crecimiento y cohesión social. La guerra, convertida en rutina, opera como el único sostén de un orden que ya no promete prosperidad, sino apenas resistencia.

5. ¿Qué ocurre cuando EEUU hace de la guerra su identidad mientras su economía colapsa?

En el caso estadounidense, la guerra ha adoptado tres formas complementarias: la máscara que reviste el gesto simbólico y retórico de Trump; la proyección que traduce esa narrativa en acción hacia el exterior; y la contradicción que expone un trasfondo material en deterioro. Juntas, configuran el rostro de un país que convierte la guerra en identidad para ocultar la fragilidad de su modelo.

La máscara: simbolismo bélico. El 2 de septiembre, Trump decretó que el Departamento de Defensa pasara a llamarse provisionalmente Departamento de Guerra. Lo acompañó con la frase: “Ganamos la Primera Guerra Mundial, la Segunda, ganamos todo... queremos defensa, pero también queremos ofensiva”.

El gesto tuvo destinatarios claros: los neoconservadores de think tanks como la Heritage Foundation, el Hudson Institute o el American Enterprise Institute; el complejo militar-industrial, que articula al Pentágono, la CIA, contratistas privados y asociaciones como la National Defense Industrial Association; y las grandes empresas de armamento (Lockheed Martin, Raytheon, Northrop Grumman, General Dynamics, Boeing Defense) y de energía fósil (ExxonMobil, Chevron, ConocoPhillips, Halliburton), junto con compañías de defensa satelital y ciberseguridad como Palantir, L3Harris o SpaceX/Starshield. La consigna no fue solo retórica: reafirma la intención de reactivar la economía a partir de la guerra y de esos sectores estratégicos. El estilo “brabucón” de Trump, heredado de “The Art of the Deal” (“El arte de vender”, libro de Donald Trump, publicado en 1987), se traslada así de la negociación inmobiliaria al campo bélico. En otras palabras, la amenaza como método de trato.

La proyección: dimensión geopolítica. El simbolismo encuentra cauce en la política exterior. Trump anunció una nueva ronda de sanciones contra Rusia: bloqueo a bancos, restricciones a semiconductores, limitaciones a petróleo y gas, y congelamiento de activos de oligarcas. Aseguró que ya había “resuelto siete guerras” y que esta parecía “la más fácil, aunque en la guerra nunca se sabe”.

Su relación con Putin, a quien ha descrito como alguien con quien se entiende mejor que con sus propios aliados, contrasta con su jactancia hacia Europa: “Ellos hacen lo que yo quiero”. La frase encierra como mensaje estratégico que la UE es una extensión subordinada de Washington. Pero los cálculos son más prudentes

con otros actores, ya que la Casa Blanca tiene que medir mejor los riesgos de aplicar sanciones y aranceles secundarios, consciente de que pueden dañar relaciones con socios clave. Tal es el caso de la India, que tras choques comerciales aceleró su acercamiento a China, muestra que la proyección bélica tiene un costo pues fortalece la imagen de fuerza hacia dentro, pero erosiona el frente económico y diplomático hacia fuera.

La contradicción: el trasfondo económico. Debajo de la máscara y la proyección, la realidad es más cruda. La deuda pública supera los 36.9 billones de dólares (119% del PIB), con intereses que en 2024 alcanzaron los 880 mil millones de dólares, la mayor partida del presupuesto federal. El déficit fiscal rebasa los 1.9 billones y el crecimiento se sostiene apenas con rebotes técnicos: -0.5% en el primer trimestre, +3% en el segundo. La inflación bajó al 2.7%, pero el desempleo subió al 4.3%, anticipando menor consumo, menor recaudación y más deuda. Trump ha presionado a la Reserva Federal para bajar tasas (4.25–4.50%), enfrentando a Jerome Powell; una reducción podría darle la razón al abaratar el refinanciamiento, pero no alcanzará a recuperar el dinamismo, porque el problema no es el costo del dinero, sino la fragilidad estructural de inversión y empleo. En cadena, menos trabajo implica menos consumo, menos ingresos fiscales y más dependencia de la deuda.

Así, la máscara, la proyección y la contradicción componen la triada de un mismo guion: la economía occidentalista se derrumba bajo su propio peso

REFLEXIONES FINALES

- Lo que ocurre en Gaza es el centro de un dispositivo más amplio donde la normalización de la guerra y de la violencia ha sido siempre parte de la estrategia imperial occidental. La diferencia es que hoy se recrudece en el marco de una etapa de decadencia, donde el recurso bélico ya no se disimula bajo promesas de progreso, sino que se muestra abiertamente como método de gobierno y de expansión. La hambruna, el desplazamiento y la devastación humanitaria son el rostro visible de un modelo que, al mismo tiempo, se proyecta hacia Doha, Cisjordania, Jerusalén, Líbano, Siria y Yemen como parte de los intereses regionales. En este tablero, las negociaciones son apenas un simulacro, o mejor dicho, simulaciones, y la “paz” se firma con misiles.
- La normalización de la guerra no es un accidente, ni un recurso novedoso, sino la concepción histórica que ha mantenido con vida al liberalismo, hoy en crisis. Gaza y Ucrania actúan como espejos: el primero, humanitario, expone el límite moral de un orden que se sostiene en el despojo y el exterminio; el segundo, estratégico, exhibe el límite material de un modelo que ya no genera ni legitimidad ni crecimiento.
- En medio de toda esta barbarie, Rusia aprovecha su superioridad militar para convertir la guerra en Ucrania en un auténtico campo de ensayo del siglo XXI.

Sin necesidad de precipitar un desenlace, observa a su adversario y perfecciona sus propios mecanismos, midiendo la capacidad de producción, la eficacia de los sistemas de defensa y la resiliencia social frente a una destrucción prolongada. Con Vladivostok como retaguardia económica sólida, la guerra se transforma en una escuela estratégica donde se experimenta con la movilización industrial, las rutas de abastecimiento y la gestión de sanciones. La lección que deja Ucrania es clara: los conflictos venideros ya no se decidirán por victorias rápidas, sino por la capacidad de sostener guerras de desgaste industrial, tecnológico y psicológico a lo largo de los años.

- La UE y EEUU son dos reflejos del mismo colapso, aunque con rostros distintos. En Europa, la fractura se muestra en un presupuesto desbordado por el gasto militar, en una energía encarecida por la pérdida del gas ruso y en una defensa que consume los recursos antes destinados al bienestar social. En Washington, en cambio, la crisis se expresa en el endeudamiento histórico, en una producción que se estanca pese a los anuncios de reindustrialización y en una ofensiva que convierte la guerra en identidad para sostener el relato de poder.
- El occidentalismo estructuró un sistema en descomposición, que hoy se sostiene en la guerra porque ya no puede sostenerse en el crecimiento. Su recuperación ya no puede pensarse en clave de reformas internas, sino en términos de una reconfiguración total del orden, abriéndose paso mediante un proceso paulatino, por etapas y transiciones, hasta que surja un orden donde atrocidades como la de Gaza no tengan cabida.

Ciudad de México, a 25 de septiembre de 2025